

Augusto Iglesias

El Goethe de mi otoño

(Continuación)

EL ATAREADO MONSEÑOR

En ese momento de la Historia los rasgos censurables de la política superior del Catolicismo son puestos bajo la lupa de una crítica negativa, para someterlos, seguidamente, a un proceso demoledor. Se exageran (*caricare*) sus defectos y se apabullan, acusadas de demérito, sus virtudes. Símbolo y Caricatura vuelven a encontrarse, como de costumbre, para resolver, en la hora de la pugna, si quien va a quedar dueño del campo ideológico es la vieja fe con sus pilares corroídos por la irrespetuosidad creciente o es la nueva creencia, atrabiliaria aún pero firme en los vigorosos soportes de su exultante juventud.

Hemos dicho que todo *Símbolo* antes de perder o sentir disminuída la vibración mística que le sirve de atmósfera, es atacado por la *Caricatura*. La caricatura es la enemiga congénita del símbolo, como en el mecanismo fisiológico la enfermedad lo es de la normalidad funcional. Los símbolos que han perdido su tensa

atmósfera de misticismo—única capaz de mantenerlos—es porque han enfermado de caricatura.

De ese modo cayeron derruídos por la caricatura cristiana los dioses del paganismo. Hundidos en el desprestigio por el sentido caricaturesco con que los atacara la predicación evangélica, bien pudo decirse ya en el siglo IV de nuestra Era que de todo ese admirable panteón de la Mitología Greco Romana apenas si quedaba entre las ruinas de sus templos, en que ahora sólo tenían nido las avutardas, un melancólico horizonte de columnas trucas y de ídolos rotos.

El mismo empuje caricaturesco de esa confrontación de valores del siglo IV ocurre 1,100 años después en los días de Lutero, cuando éste se enfrenta con el máximo símbolo de la Iglesia Católica: el Papa Romano.

Un proverbio escocés dice que «el diablo es un atareado obispo en su propia diócesis». Ahora bien, dijimos que en la Edad Media el diablo se compenetra casi con toda la actividad subjetiva de las clases populares de Europa y, en amplia extensión, asimismo, con muchos sectores de sus clases privilegiadas. Las dos antítesis del Bien y del Mal, los caminos de santidad y los de perdición, que simbolizan las vidas de los santos y las leyendas demoníacas, se extienden en un gran sector de las literaturas folklóricas de aquellos tiempos. En esos basamentos de la superstición de su pueblo, que eran también los de la Europa del Medio Evo, se apoya Lutero para sostener su gran batalla «reformadora», que tanta resonancia iba a tener en el futuro del mundo Occidental. «Hay que darle trabajo al demonio—decía el Hermano Martín—; y yo se lo daré». —¿Quién a quién?—me permito preguntar como glosa.

Dije que el antipapismo del reformador alemán tenía sus raíces en los ataques de extrema violencia que los frailes franciscanos, defensores de la estrictez de la primitiva reglamentación, hicieron al Vaticano que aceptó y le dió carácter regular a lo que ellos consideraban una relajación del voto de extrema pobreza exigida por el padre seráfico al fundar la Orden de los Frailes Menores. Pero este odio al Papado, por una transposición psicológica de extraordinarios efectos, en la prédica y propaganda de la Reforma Luterana, unióse, por una parte, con el temor a las fuerzas del Averno y sus legiones infernales; y por otra, con el confusionismo que hiciera el ex fraile agustino entre el Papa y el Diablo, fundiendo ambos personajes en el símbolo del Anticristo. Y no es que Lutero pusiese en ello intención simuladora, pues su fe en los poderes diabólicos y en la intervención del Angel Rebelde en asuntos de la naturaleza humana, parece de todo punto indudable que era sincerísimo y profundo.

Para comprobar lo anterior bastaría leer las páginas de sus *Memorias*. ¡Cuánta ingenua superstición convertida en palabra de verdad! ¡Cuánta folklórica interpretación para hablar de fenómenos claramente explicables! «Hay muchos países—escribe—donde habitan los diablos. La Prusia tiene un gran número de espíritus malignos. En Suiza, no lejos de Lucerna, sobre una alta montaña hay un lago llamado el Estanque de Pilatos; el Diablo siempre está establecido allí de una manera terrible. En mi país hay un estanque situado en igual forma. Si se lanza una piedra se levanta una gran tempestad y todo el país tiembla en derredor. Es ése un sitio habitado por diablos que allí encontraron su prisión.

«Cierta día unos monjes condujeron a un poseído

a Susen en cuya iglesia cumpliáanse las ceremonias recordatorias del Viernes Santo. Comprendiendo el suplicio que le esperaba al Diablo que se había apoderado de ese pecador gimió con lamentable lacrimosidad: «Popule meus, quid feci tibi?» («Oh mi pueblo, qué te he hecho?»).

La credulidad de Lutero en estas materias era tan grande que es muy posible que sus amigos y comensales se hayan aprovechando de ella en más de una ocasión. ¿Cómo? Inventando cuentos a los cuales daban patente de absoluto verismo, diciéndose ellos, para este efecto, testigos presenciales de los supuestos acaecimientos que echaban a fructificar en manos de tan buen sembrador como era Fray Martín.

Cierta vez, por ejemplo, se contó en la mesa de éste que en una cabalgata de gentiles hombres, uno de ellos había exclamado espoleando fuertemente: «¡Al diablo el último!». Como él tenía dos caballos, soltó uno, y éste, quedándose atrás, fué llevado por los aires en brazos del Diablo. Lutero dijo en esa ocasión: «No hay que invitar a Satanás a nuestra mesa. El viene sin que se lo pidan. Está lleno de diablos alrededor nuestro; nosotros mismos que velamos y oramos diariamente tenemos bastante trabajo por su causa».

Tanta era la preocupación de Maese Martín por esta provincia del mundo infernal que incluso dióse la tarea de estudiar la *psicología* de los demonios... Cuenta él mismo que un viejo cura haciendo un día su plegaria, oyó detrás de él al Diablo que quería impedirselo y que gruñía como lo habría hecho una manada de puercos. El viejo cura sin dejarse atemorizar se volvió y le dijo: «Maestro Diablo, te ha sucedido lo que tú merecías; tú eras un bello ángel y héte aquí, no obstante un puerco vil». «Al punto—comenta

Lutero—cesaron los gruñidos porque el Diablo no puede soportar que se le desprecie. La fe lo vuelve débil como un niño. Cuando el Diablo se hace extraordinariamente poderoso es cuando la futura víctima carece de fe o, por lo menos, ésta no es tan sólida como para resistir los embates del astuto maligno».

Lutero dice haber conocido a dos estudiantes de los cuales uno amaba tanto a una joven que estaba a punto de enloquecer. El otro que era brujo, sin que su camarada supiera palabra, le dijo: «Si tú prometes no darle un beso y no tomarla entre tus brazos, yo haré de modo que ella te venga a encontrar». En efecto él la hizo venir. El enamorado que era un hermoso joven, la recibió con tanto amor y le habló con entusiasmo tan puro que el brujo temía a cada momento que no la abrazase; finalmente no se pudo contener. En el mismo instante cayó fulminada. Cuando ellos la vieron muerta, tuvieron mucho miedo y el brujo dijo: «Ensayemos nuestro último recurso». Lo hizo tan bien que el Diablo la devolvió a los suyos y ella continuó haciendo todo lo que antes hacía en la casa; pero estaba sumamente pálida y no hablaba nada. Al cabo de tres días los padres fueron a buscar a los teólogos y les preguntaron qué debía hacerse. Apenas éstos le hablaron fuertemente a la niña, el Diablo se retiró de ella y el cadáver cayó rígido con una gran fetidez.

Aceptaba también Lutero que el Diablo podía cambiarse en hombre o en mujer para engañar; de tal modo que uno podía creer que estaba acostado con una mujer de carne y hueso sin ser ello cierto; porque según las palabras de San Pablo, el Diablo multiplica sus fuerzas con los hijos de la impiedad. Los ejemplos que en tales casos se referían aterrorizaban a los fie-

les. De esta calaña son los que produce el espíritu infernal denominado NIX, que atrae al agua a mujeres y a doncellas para procrear diablillos. El Diablo también puede robar niños; a veces en las primeras seis semanas de su nacimiento los quita a su madre para substituirlos por otros llamados «Supposititii» y por los sajones «Kilkropff».

«Hace ocho años—escribe Lutero—vi y toqué por mí mismo, en Dessau, un niño que no tenía padres y que descendía del diablo. Tenía doce años y era tan desarrollado como un niño normal. No hacía sino comer y comía tanto como cuatro campesinos o trilladores. Satisfacía todas sus necesidades, pero cuando lo tocaban gritaba como un poseído. Si ocurría algún accidente desgraciado en casa, él se alegraba y reía; si, al contrario, todo iba bien, lloraba continuamente. Yo le dije a los príncipes D'Anhalt con quienes estaba: *«Si yo ordenara aquí, haría arrojar a este niño al Moldava, a riesgo de convertirme en asesino»*.

«Pero el elector de Sajonia y los príncipes no eran de mi opinión. Les dije entonces que rogaran a Dios en la Iglesia para que echaran al demonio. Las rogativas se repitieron todos los días durante un año y, después de ese tiempo, el niño murió».

Cuando Lutero hubo contado esta historia alguien le preguntó por qué había querido echar ese niño al agua. «Porque los niños de esa especie—respondió él—no son otra cosa, en mi opinión, que una masa de carne sin alma. El Diablo es bien capaz de producir esas cosas; así como él anula las facultades de los hombres, cuando los posee corporalmente, de modo de quitarles la razón y hacerlos sordos y ciegos por algún tiempo, asimismo él habita en esas masas de carne y es él mismo su alma. Es necesario que el Dia-

blo sea bien poderoso para tener de ese modo prisioneros a nuestros espíritus. Me parece que Orígenes no supo comprender ese poder; de otro modo no habría podido pensar que el Diablo obtuviera gracia en el juicio final. ¡Qué pecado horrible rebelarse conscientemente contra su Dios, su creador!

«El Diablo no es en verdad un doctor que se haya titulado pero, por lo demás, es muy sabio y de mucha experiencia. Sin embargo, no ha desempeñado su oficio sino desde hace seis mil años. Si el Diablo ha salido alguna vez de los posesos, al conjuro de los monjes y los sacerdotes papistas, dejando tras de él algún signo: un vidrio roto, una ventana quebrada, un trozo de muralla abierto, fué para hacer creer a los crédulos que había abandonado el cuerpo, pero en realidad lo hizo para apoderarse del espíritu de la gente, para confirmarlos en sus supersticiones».

La creencia en las posesiones diabólicas y en los beneficios de los exorcismos son puntos indiscutibles de fe para los teólogos de la Edad Media, y hasta muy entrada la Edad Moderna pocos fueron los que osaron burlarse de estas *verdades, que parecían irrecusables* para el sentir religioso cristiano, en cualquiera de sus confesiones.

Hoy, aunque el «principio» se mantenga, la actitud reservada, discreta y, a veces, hasta con un matiz irónico que toman, ante estos hechos, los doctores de las iglesias de Occidente, hace pensar que sus reservas mentales deben considerarse a este respecto más positivas o más risueñas que las que pudieran tener, por ejemplo, en los días de Lutero.

Pero eso, repito, es hoy; antes habría sido pedir con exceso si alguien hubiese acusado de falta de análisis o de crítica a esos supersticiosos humanistas

de la vieja Europa que no titubeaban en mandar a la hoguera a una «bruja» o a quienes, por cualesquier detalles, apareciesen a sus ojos en relaciones directas con el demonio.

Aquí mismo, en Chile, en la ciudad de Santiago, ocurrió en el siglo pasado un hecho curiosísimo que no me atrevo a restar a la ilustración de Uds.

Quiero referirme al caso de Genara Andrade Valdovinos, dama distinguida de la sociedad de Santiago que entró de religiosa en el convento de Las Claras, allá por el año 80 u 82 del siglo pasado. En la antedicha comunidad esta dama tenía fama de vidente y eran numerosas las personas que llegaban hasta ella en consulta o demanda de consejos (1).

En efecto, de acuerdo con la tradición que recoge el escritor chileno don Carlos Fernández Freite, Sor Genera veía acontecimientos producidos en países lejanos y que luego confirmaban las cartas recibidas de esos lugares. Decíase que durante la guerra del Pacífico, la madre Andrade, dió a las personas que la rodeaban, prolija cuenta del avance chileno, adelantando el resultado de las batallas... Esto fué motivo para que un público numeroso se agolpara, día a día, por largas horas, a las puertas del convento.

Como se comprende, tales prodigios «confirmados» y «certificados» por un sinnúmero de testigos falsos o verdaderos, pusieron a la madre Andrade una aureola de Santidad. Mas, en esa época en que llegara al ápice de su fama fué cuando la venerable Sor cayó víctima de los ardides del demonio...

(1) Para el estudio de esta leyenda recomendamos la lectura de la obra titulada «Episodios históricos y tradiciones chilenas, argentinas y peruanas» del presbítero don Carlos Fernández Freite.

Como en el caso del santo Job atribulado por Satanás, por permisión divina, para que diera pruebas de su humildad y resignación, la madre Andrade se vió también sometida al mismo suplicio diabólico y para idéntico fin.

De esta manera en un momento inesperado se encontró en estado de posesa y sujeta al poderío de Luzbel. Ahora bien, ¿en qué forma manifestó aquí el Angel Caído la efectividad de su influjo?

«Las personas que pasaban frente a Las Claras— escribe el señor Fernández Freite—podían ver la mayor parte de las veces, más o menos a las 12 de la noche, y por la tarde al obscurecer, a Sor Genara trepada sobre el alto muro de 5 metros, que circundaba el convento casi en su mayor parte, corriendo sobre él sin perder el equilibrio, o sobre el techo del edificio. En seguida de un salto, o más bien de un vuelo bajaba al patio del convento sin hacerse el menor daño.

«En otras ocasiones, estando en el Coro se elevaba hasta topar el techo y en esa posición daba vueltas alrededor de la sala ante la consternación de sus Hermanas que temían verla caer desde esa altura y despedazarse.

«Si por todas estas señales no se podía dudar de la posesión diabólica, no quedaba la menor duda al escuchar la voz y pronunciación característica de payaso en falsete que toma siempre el demonio en estos casos, según uniformemente lo refieren las historias que relatan análogos fenómenos diabólicos. La voz, gestos y pronunciación de Sor Genara desaparecían totalmente. No era voz humana la que salía de ella: sonidos guturales, semiladridos o aullidos de lobos que causaban espanto eran los que emitían sus labios antes tan dulces y respetuosos.

«Las oraciones, ayunos y ásperos cilicios adoptados por la Comunidad para alejar al demonio del claustro, resultaron ineficaces. No quedaba otro recurso que recurrir a los exorcismos de la Iglesia» (1).

El encargado de echar fuera a los diablos que poseían a Sor Genara, fué el Reverendo Padre Bula. Era éste un humilde franciscano de la Casa Grande, como se llamaba hasta hace pocos años al Convento Franciscano de la Alameda, para diferenciarlo del de la Recoleta.

Bula era napolitano y había llegado a Chile en compañía de otros frailes, con el cargo de Maestro de Novicios de los Franciscanos Reformados. Porque es de advertir a este propósito, que la relajación de las costumbres en que cayeran algunas Ordenes Religiosas, dió lugar a medidas extremas adoptadas por el Arzobispo Monseñor Valdivieso, en el sentido de reformar íntegramente aquella atmósfera impropia al espíritu monástico, estado al que contribuyeron algunos de los frailes, entre ellos los de la Casa Grande de San Francisco, que no hacían vida común en el Convento.

El Padre Bula figura como uno de los hombres de que se valió Monseñor Valdivieso para su tarea reformadora.

Para cumplir su cometido, se armó, el Reverendo, lo mejor que pudo; o sea, redobló sus ayunos, aumentó sus penitencias y pidió oraciones a todos los conventos de la capital para reforzar el poder de sus exorcismos. Sabía el Padre que no era batalla fácil la que presentaría el Demonio.

Llegado al Convento empezaba el Padre Bula sus

(1) Fernández Freite Ob. cit., págs. 62 y 63.

oraciones con grave y creciente fervor. En cambio, Satanás por boca de la monja, gritaba encolerizado insultando al sacerdote y pidiéndole que se retirara. Mas, terminados los exorcismos, la monja se iba tranquilizando hasta quedar desmayada por el gran esfuerzo extraño que había soportado. Sin embargo, el Diablo que poseía a la religiosa no era un diablo cualquiera y en la calle no solamente continuaba molestando al Padre Bula sino que también, en varias ocasiones, al pasar el sequión que corría por la Alameda, lo arrojó al agua...

Con todo, no era el Padre Bula hombre a quien pudiera metérsele cucos, y a pesar de las muchas dificultades que le sobrevinieron, venció al fin al Rey de las Tinieblas y Sor Genara terminó santamente su vida dejando en la ciudad de Santiago el recuerdo de sus heroicas virtudes.

Hasta aquí el señor Fernández Freite en su obra varias veces citada. Ahora, una pregunta sin malicia: ¿a la luz de una sana crítica pueden considerarse estos hechos como simplemente legendarios y mentirosos o en realidad tienen ellos base explicable para las observaciones de la ciencia en su estado actual, dentro del vario capítulo de las enfermedades mentales?

De acuerdo con los propios rasgos de la tradición que acabo de resumir, es bien presumible que Sor Genara Andrade perteneció a esa larga familia psicopática en cuyo tronco común se encuentra la neurosis sexual.

En el Medievo tales manifestaciones comprendidas torcidamente por la medicina de aquellos años, dió lugar a las más torpes hipótesis, la mayor parte de ellas basadas en el indiscutido influjo que se atribuía a los «poderes infernales». Lo que era propio de

un estado psíquico peculiar cargábase a la cuenta del supuesto Angel de las Tinieblas. De ahí que las expresiones mismas de tales histéricos examinábanse al margen de todo juicio tranquilo y, a la inversa, por las añadiduras noveleras del pueblo, quedaban expuestas a una deformación constante, en especial por aquellos que juzgaban esos fenómenos sólo de oídas. Este error interpretativo fué causa, también, de crueles injusticias, pues con la «confesión» hecha por estos enfermos demenciales de tener pacto con el Diablo o de estar poseídos por los demonios, en vez de ser ello motivo para recluirlos en una casa de salud, se les condenaba, a la inversa, a ser devorados por las llamas en la hoguera inquisitorial.

La mística diabólica se encuentra llena de estos casos de torpe interpretación. La visita de los demonios y la afirmación testificada de la existencia de espectros y fantasmas, es un largo capítulo que nadie puede arrebatarse hoy al estudio clínico de las enfermedades mentales, pero que durante siglos dominó como verdad en las creencias no sólo del vulgo sino en todos los grados de la escala jerárquica que asume la directiva doctrinal y moral de las religiones particulares del mundo. No hay excepciones. La Iglesia Católica que fué particularmente inflexible con las supersticiones del paganismo Greco-Romano, transmutadas a los pueblos europeos a través de las primeras generaciones cristianas, no pudo resistir a las flaquezas de una mayor masa de catecúmenos. En el siglo XV el Papa Inocencio VIII en su bula *Simmis desiderante affectibus* al referirse al recrudecimiento de los tratos demoníacos en algunos países del Norte de Europa lo confirma. «Ha llegado hace poco a nuestro conocimiento—escribe el Sumo Pontífice—y esto nos ha penetrado de

un íntimo dolor, que en algunos sitios de Alemania, en el territorio de Magunsi, etc... muchas personas de uno u otro sexo, olvidadizas de su salud y rebeldes a la fe católica, se dedican a un comercio inmundo con los demonios».

El antedicho criterio del Pontífice no aparece aislado en la doctrina de Roma.

Antaño todos los Padres de la Iglesia clamaban contra los estropicios cometidos por los demonios. Por otra parte, ya sabemos que la vida real de Satán y su cohorte y su intervención directa en muchas cosas de este mundo, es dogma de fe.

Sin embargo, nadie pone en duda, en la actualidad, que una parte de los Sanatorios y Casas de Orates del mundo civilizado lo puebla esta clase de «brujos» y «posesos».

Casos de *demonopatía interna* como el de la monja Andrade han ocurrido por miles en todos los pueblos de la tierra. Lo saben los especialistas en enfermedades mentales que hay en el globo; y no desde ahora sino desde largos años.

Ni los *fantasmas*, ni los *demonios*, han dejado de tener la existencia subjetiva que tuvieron en siglos pasados, cuando la investigación científica estaba aún en pañales; pero ahora se conocen las causas que hacen posible la objetivación de esos mitos. Este conocimiento hace que la síntesis que ha permitido establecer la observación clínica haya barrido en un tiempo relativamente corto (desde Charcot para adelante) la valoración casuística basada en creencias supersticiosas, en pugna con la severa estrictez con que deben recibirse los testimonios y analizar los hechos aducidos en el Gabinete de los psiquiatras, los cuales— en un honrado ejercicio de su ministerio profesional—

no pueden admitir otras disciplinas que las del método experimental.

Pero en este ensayo estamos respirando en la atmósfera de una época muy distinta, de una época donde la fantasía de una neurosis colectiva intensa es el dínamo interpretativo no sólo de las enfermedades mentales y nerviosas, cuyas causalidades no lograban siquiera sospecharse por los médicos de aquel entonces, sino, asimismo, de ese mundo multiforme y aquelárrico de los sueños, que ese juicio equivocado volteaba hacia la vida exterior, dándole a los hechos ambientes de la existencia cotidiana una realidad fantasmagórica que, aunque monstruosa, por su simple continuidad llegó, sin embargo, a considerarse como natural. Siguiendo, pues, la ilustración demonopática de los años en que actuó *Fausto*, voy a referirme a alguno de estos hechos aún no tratados en esta lectura.

MONSTRUOS DEL MEDIEVO

ÍNCUBOS Y SÚCUBOS

Denomínase *íncubo* (1) al espíritu maligno que de acuerdo con las creencias del vulgo realiza, tomando apariencia de varón, comercio carnal con una mujer. De acuerdo con las leyendas medievales estos espíritus malignos, en ciertas y determinadas circunstancias, eran aptos para procrear; así, por ejemplo, cuando un íncubo tenía relaciones con una bruja.

(1) *Incubo*, deriv. del lat. *in* (sobre) y *cubare* (estar acostado); vale decir, «el que hace de varón».

Para explicar el absurdo de que un ser *espiritual* pudiese, aunque sólo fuera en casos excepcionales, realizar una actividad material, algunos teólogos entraban en sutiles divagaciones para unir esos dos términos inconciliables. Así, v. gr. argüían que el espíritu demoníaco o íncubo sólo actuaba como *transportador del germen* el cual pertenecía, en realidad, a un ser humano cualquiera (por lo general un poseso), ya que los demonios, por su misma calidad inmaterial, no pueden engendrar de propia sustancia. Por otra parte, una mujer puede corromperse con la sola actividad de su psiquis, ya sea imaginando perversidades o aceptándolas en sueños, pero sólo puede engendrar por obra de la carne. El Padre Martín del Río—cuya autoridad en estas materias dominó ampliamente, por décadas, a los demonólogos europeos con su erudita autoridad teológica—sostiene, sin embargo, que por artes mágicas pueden hacerse nacer gigantes y pigmeos (1). Entre las fuentes de que se vale este adoctrinado jesuíta para ocupar su tesis, utiliza las palabras que la liturgia romana, al referirse a los íncubos, coloca en un himno que se canta para Pascua desde las *vísperas* a las *completas*. La primera estrofa de este himno citado por del Río, dice así:

Procul recedat somnia
Et noctium phantasmata
Hortensque comprime,
Ne polluantur corpora!

(Aleja los sueños — reprime las fantasías y al enemigo de la noche — a fin de que los cuerpos no polucionen.)

(1) M. de. Río: *Disquisitionum Magicarum*, Lovaina, 1599.

Durante los días de la Reforma se produjo en el alma de los pueblos europeos una verdadera eclosión de expresiones demonolátricas y fantasías creadoras, y con ello uno de los capítulos más curiosos para los actuales estudios de patología sexual.

Hacíanse combinaciones de palabras en griego, latín y hebreo para dominar o espantar al diablo o inhabilitar sus plagas o males impuestos. Para que volviera al Infierno, había que decir: *Per ipsum et cum ipso, et in ipso*. Para que huyera veloz: *Athantos. Tetrogrammaton. Homousion. Schamhaphora*. Para curarse del mal de los muslos: *Sista, pista, vista, xista*. Para el mal de muelas tres veces la palabra *Onasajes*. Para que no picaran las pulgas: *Och, och*, antes de acostarse. Para evitar las consecuencias de la mordedura de los perros rabiosos: *Hax, pax, max*.

Podría citar numerosos ejemplos, pero debo reducirlos al mínimun por el propio carácter de esta lectura. Veamos ahora algunas creaciones de la fantasía.

Francisco Hedelin, autor de un *Tratado de los demonios y los monstruos* (1), a fin de refutar a los teólogos que antaño y en su tiempo consideraban a los sátiros como una especie de hombres distintos de los hijos de Adán, trae a colación el problema de la actitud generatriz de los incubos. En realidad, después de algunas obscuras lucubraciones, el lector queda tan a ciegas como antes en cuanto al camino que debe seguir; pues el comentarista sólo se atiene a algunas descripciones legendarias y familiares sobre los demonios y los monstruos que corrían por la Europa toda. Pero una cosa deja en claro: que «el macho cabrío es un animal infecto por la gran facilidad que

(1) París, 1617.

presta a los demonios para que actúen utilizando su envoltura material». Dice Hedelin, por ejemplo, que fué un macho cabrío de color negro el que se le apareció al conde de Cornosebe, llevando el alma de Guillermo el Rojo, rey de Inglaterra, a quien debía dejar en los infiernos. Afirma, además, que eran también machos cabríos los que se aparecían en el desierto para tentar con su inmunda concupiscencia a las bellas pecadoras que iban a buscar en las soledades del yermo, por los caminos de la oración y la santidad, la paz de sus cuerpos atormentados.

Junto a los íncubos, hallábanse, naturalmente, en igual acción concupiscente, los inmundos *súcubos* (1) esto es, los espíritus hembras que dedícense a desvelar a los bienaventurados y a poner fuegos del Averno en las arterias de los posesos.

Del Río sostiene que los íncubos prefieren especialmente a las brujas; los súcubos, a los brujos. Esta es la regla general. Pero hay casos frecuentes—dicen otros—en que la acción de estos espíritus malignos se encarniza, con vehemencia inaudita, precisamente en los cuerpos más puros. Lutero, v. gr., asegura que «los diablos tienen el poder de seducir a las vírgenes y engendrar los diablillos». Judas Serclier canónigo regular de la orden de San Rufz, en el Delfinado, publica en 1611 en la ciudad de Lyon un libro titulado *Anti-démon historial*. En el capítulo XIV en que trata de «la generación, conservación y resurrección del cuerpo humano remedados por Satán», refiere la historia de un diablo que se aparecía a una mujer casada, bajo

(1) Del latín *Succubare*; de *sub* (so, bajo) y *cupare* (estar acostado); vale decir «el que hace de hembra».

la forma de un joven y apuesto mancebo. Este íncubo mantuvo relaciones con la susodicha posesa por un lapso de seis años, al término de los cuales, arrepentida esta mujer, fué en busca de San Bernardo para librarse de su nocturno visitante. El santo, conmovido por el relato que le hiciera la posesa, le dió su báculo con el cual la infeliz pudo deshacerse, a bastonazos contra el íncubo, de tan inmundo comercio.

Sin embargo, con haberse esperado un año más bien podía haberse evitado la molestia de esta escena de malos tratos, porque el Diablo no puede vivir más de siete años en el cuerpo de un poseso; esa es, por lo menos, la opinión de Lutero; aunque según el mismo Padre de la Reforma, los hijos de los íncubos y súcubos son de una esencia particular que no les permite vivir más allá de los ocho años, es decir, un año más que el de su progenitor, en el cuerpo poseído.

En ese mismo libro cuenta Serclier un suceso que dice haber ocurrido en su tiempo: una doncella encontró una noche en su alcoba a un íncubo de una belleza extraordinaria, el cual, después de ese primer encuentro, la visitó seguidamente. Ignorando como este personaje había llegado hasta su intimidad, conversó de ello a sus familiares. Alarmados los padres con el relato de la niña resolvieron espiarla a fin de sorprender en su aventura al audaz demonio; pero, en lugar del bello adolescente que de acuerdo con las referencias de la niña, esperaban ver, encontráronse, a la inversa, en presencia de un horrible monstruo, cuya sola visión los obligó a huir precipitadamente. Consultado el Cura de la parroquia, éste los acompañó con el Santísimo y al recitar el comienzo del Evangelio de San Juan: *In principio erat Verbum...* y llegar a las palabras: *et Verbum caro factum est...* oyóse un rui-

do espantoso y surgió una inmensa llama que destruyó todo el mobiliario de la alcoba, mientras el monstruo desaparecía llevándose el techo de la casa.

Asunto también de gran interés, para el estudio de esta psicosis es el que Serclier, en su obra varias veces puesta sobre mi mesa de trabajo, va a referirnos a continuación. Cuenta el sobrecogido autor que a una doncella que vivía en recogimiento «acometió el enemigo transfigurado en ángel de luz y la vino a persuadir que era igual a Nuestra Señora y que sólo le faltaba el concebir y parir quedando doncella. Un día, entre otros, que estaba preparándose para comulgar como solía, pidió a Dios le acabase de hacer aquella merced prometida. Estando así, oyó una voz que le dijo: —«Amada mía, ten ánimo; confía que serás preñada por obra de Dios.»

«Tras estas palabras se le apareció Satanás como Ángel del Señor y se ajuntó con ella y tuvo acceso. Vuelta la miserable a su casa, empezó a echar de ver que le crecía la barriga. Estando de esta suerte la cuidada, descubrióse a un ciudadano rico y honrado de aquella ciudad y contóle la historia de su milagrosa preñez y suplicóle se sirviese darle permiso para que en un rincón secreto de su casa pudiese parir. El prudente ciudadano, aunque no creía en esa ficción, ni tenía la revelación por buena, con todo, porque no cayese el caso en bocas de herejes y se burlasen de la mujer y de nuestra fe, permitió aguardase el parto en su casa. Llegó la hora y empezó la desventurada a ir con dolores, no de parto, sino de muerte. Al fin, parió, en vez de criaturas humanas, un gran montón de gusanos vellosos, de tan horrible figura que pasmaban a quien los miraba, a más de echar de sí tan terrible hedor que no lo podían sufrir. De donde se colige

que, por su gran soberbia, la engañó el Padre de los Engaños, Satanás».

Insisto, e insistiré a cada momento, que estas supersticiones no eran sólo patrimonio del vulgo sino que, muy por el contrario, se extendían con inaudita fuerza y convicción en todos los estratos de la vida social del Medievo. Tal era la seguridad en el poder de los íncubos y súcubos medievales que cuenta Maxime du Camp, que el superior de un convento de Carmelitas vióse obligado a tener, de día y noche, una guardia de doscientos hombres, con la sola ocupación de batir en el aire sus espadas a fin de cortarle la ruta a los demonios tentadores que gustaban cercarlo para cruzar de imaginaciones lúbricas la santidad de sus descansos recoletos... (1).

No de otra clase de clientes se hizo célebre en el mundo entero, en la primera mitad del siglo XIX, la clínica del doctor Juan Martin Charcot, el primer médico europeo que trazara una descripción científica en el estudio del histerismo.

(1) *Histoire de Paris*, t. IV, p. 373.